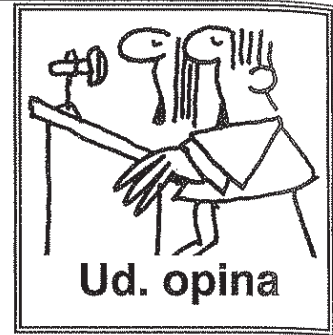


Vacaciones en comandita

— José María Rodero Quintillá —



Creo haber comentado en alguna ocasión que soy divorciado y que tengo un hijo que adoro.

Desde que vivimos separados, mi hijo y yo —que pasamos juntos todos los ratos que nuestra condición nos permite—, cuando llega agosto nos vamos quince días de camping en una caravana que compramos al efecto.

El primer año hicimos el trayecto Madrid-Santiago de Compostela, vía Andorra. Como se pueden imaginar, para hacer semejante excursión de quince días sin poder sobrepasar los noventa kilómetros por hora, hay que viajar dos o tres horas casi todos los días y no hay ocasión de hacer amistades. Y casi todos los días, por tanto, se conoce un camping nuevo.

Los otros tres veranos que hemos salido juntos hemos ido a un sitio fijo, donde mi hijo y un primo suyo del mismo calibre que se viene con nosotros juegan, bucean, montan en bici y conocen otros congéneres con los que se exhiben a modo. Pero como las playas están a una cierta distancia de Madrid, solemos tardar más de un día en llegar a un lugar que nos guste como para

instalarnos definitivamente, con lo que seguimos teniendo ocasión de conocer campings.

Este año nos ha tocado la Costa Brava (que en catalán quiere decir azul; lo de Brava debe de ser por la tintorerías). Y caímos en un camping en el que flotaba algo misterioso que en un primer momento no supe concretar, pero que era, a la par que sorprendente, profundamente agradable y relajante, y que dimanaba sutiles reminiscencias de un pasado remoto y feliz. Nos instalamos en la parcelita escogida, luché denodadamente con el avance de la caravana durante un par de horas y, finalmente vencido (yo, no el avance), cenamos y a dormir.

Serían las 3 de la madrugada cuando desperté sobresaltado e iluminado. No porque se hubiera producido un estruendo y se hubiera encendido alguna luz, sino por todo lo contrario. El silencio y la oscuridad imperaban a mi alrededor, y la única luz existente era la que se había hecho en mi espeso cerebro: el silencio y la tranquilidad; eso era lo que me había despertado. Sin apercibirme conscientemente de ello, me había dormido, por primera vez en un camping, sin oír, a un

metro de distancia y con la única interposición de una lona, una película, un partido o un concurso emitidos por televisión, y los comentarios, a menudo apasionados, que tales emisiones suelen provocar.

Emocionado, me volví a dormir, y al día siguiente me levanté dispuesto a comprobar si aquello era cierto y permanente o se había tratado de un caso aislado. No. No era cosa de un día. Era cierto: en ese camping no había televisores. Tampoco había casi españoles, así que mi conclusión fue inmediata: no españoles, no televisores. Claro, si es que los extranjeros son más civilizados; de hecho, ahí hay unos españoles que sí tienen televisor; etc. Uno días después, charlando con un alemán encantador que se había acercado a filmar nuestra mascota (nuestra mascota es una araña que no cabe en una mano abierta, y que también pasa las vacaciones con nosotros, al igual que los periquitos), supe que ellos también tenían televisor; lo que no tenían era antena parabólica y, como no hablaban lenguas españolas, no les servía para nada poner la tele.

Superada la desilusión que me produjo

el comprobar que los extranjeros, incluso en un gran país como Alemania, son como nosotros y no hay, por tanto, un ejemplo a seguir, recordé que, hace treinta años, cuando yo empecé a acampar, la gente que iba de camping era aquella a la que le gustaba ir de camping; mientras que aquellos a los que les gustaba ir a una casa, iban a una casa, no sé si me explico. Las casas (los chalés), para ser cómodas, han de ser de fábrica, de ladrillo, cemento y todo eso, y tener cocina, servicios, armarios, televisores, frigoríficos... Y todo ello permite hacer un tipo de vida.

Pero si el chalé es de lona y no tiene servicios ni cocina, ni nada de nada, no permite ese tipo de vida, sino otro que tiene más que ver con el aire, las flores, las hormigas... Meterle a una tienda de lona un televisor, una nevera, una radio, y hacer en ella la vida de chaletista, no puede tener más que dos consecuencias: o se hacen las cosas con tanto cuidado para no molestar a los vecinos que no vale la pena hacerlas, o se hacen como si las paredes fueran de ladrillo y se amargan las vacaciones a todo aquel que intente descansar a menos de treinta

metros. Tristemente, en todos los campings españoles en los que he estado, la opción es la segunda.

Y en esos momentos me hago la siguiente pregunta: ¿Dónde están aquellos libritos de urbanidad que estudiábamos de pequeños, en los que venían perfectamente explicadas las cosas que no se hacen? O, dicho de otro modo: cuando los que nos dedicamos de una u otra forma a la cosa educativa hablamos de educación, ¿es tamos en lo que estamos, o nos referimos únicamente a contenidos? ¿se da en los colegios —en los Proyectos Curriculares— la misma importancia a la convivencia o la conservación del medio que a la propiedad asociativa de las aplicaciones biyectivas? ¿educamos globalmente a una población, o la entrenamos para la lucha por una nota media que permita escoger carrera al llegar a la Selectividad, y pasamos de todo lo demás?.

El caso es que las únicas aplicaciones biyectivas de uso diario que conozco son las que existen entre mi hijo y yo, mi pareja y yo, mi tendero y su hijo, su hijo y su hermana... ¿Será que estoy gagá? Pues que alguien me lo explique.